

de las obras de Alberto el Grande, no es mas en su fondo que un inmenso y docto comentario de los trabajos de Aristóteles y Avicena, enriquecido de todos los conocimientos contenidos en los autores, que siguieron á estos dos grandes varones. El ilustre religioso atesoró mucho de la escuela árabe, porque se inició sobre todo con la ayuda de sus escritos, en la filosofía del Estagirita. Se parece principalmente á Aristóteles, cuyas doctrinas abraza; pero en cuanto á la forma, se atiene con especialidad á Avicena, y repetidas veces se sirve de sus mismas frases. Sin embargo, el docto de Colonia no se limita exclusivamente á sus luminosos comentarios; habiendo observado mucho, llena las lagunas de sus predecesores, y completa por primera vez el cuadro de la filosofía. Erudito inmenso pone en estricta é íntima relacion todas las fuerzas de la inteligencia, con objeto de formular y establecer leyes ciertas. La teología marchaba dudosa y aislada, Alberto la desenvuelve y la apoya en fundamentos mas sólidos é indisputables, sirviéndose para sus demostraciones de las ciencias filosóficas y de las naturales. En fin, siguiendo las huellas de San Basilio, fija su vista en las ciencias, considerándolas por primera vez bajo el aspecto cristiano: comprende en ellas á Dios y sus obras, y considera al hombre, como base y medida de las mismas ciencias.

Este es el vasto plan de Alberto, breve y sencillamente expuesto; y nuestro sábio, basando la enseñanza de las ciencias divinas sobre la filosofía y las ciencias naturales, constituye una ciencia positiva, y completa el círculo de los conocimientos humanos, comprendiendo, en el espacio que ocupa, á Dios y la creacion, y al hombre, «lazo de union entre el espíritu y la materia (1).»

Ningun filósofo ni moralista, antes de Alberto el Grande, habia llevado al terreno práctico, ni concebido un plan tan vasto, que lo abraza todo. Los escolásticos no hicieron mas que inventar palabras y silogismos, con ánimo de hermanar forzosamente la filosofía de Aristóteles, con los estudios teológicos y los dogmas cristianos. Alberto conservó las formas escolásticas, y comentó al Estagirita; pero se atuvo á un método, mas bien analítico que sintético, apoyando sus demostraciones en las ciencias naturales, y pasando de la abstraccion metafísica al terreno práctico. En fin, nuestro sábio no pierde nunca de vista en sus doctas elucubraciones esta grande idea, emitida en tiempos muy posteriores por Fernelon: «El hombre es un compuesto de materia y espíritu, como nos lo revelan á cada paso sus actos, sus pensamientos, sus palabras.» El que supone, pues, que pueda existir una filosofía enteramente subjetiva, una filosofía que, separándonos de la materia, nos lleve al empirismo en donde está lo absoluto al lado del trono de la Divinidad, recorrerá los espacios en alas de su imaginacion, y pasando de absurdo en absurdo, se entregará á los delirios de un idealismo no menos perjudicial que los errores humillantes y groseros, de los que no admiten mas filosofía que la objetiva, como los escritores franceses mas ilustres del siglo pasado, que fueron todos, en mayor ó menor escala, materialistas. Los filósofos alemanes, tienden al idealismo, y buscan lo absoluto, piedra filosofal de la metafísica moderna. Los escépticos, secuaces de Montaigne, y discípulos de Bayle (2), hoy son en número

reducido; pero hay muchos racionalistas, que rechazan todo principio de autoridad, tomando por punto de partida la razon humana, que, esencialmente imperfecta y limitada, dá á la filosofía un carácter vacilante é incierto. El eclecticismo sistemático, que pretende hermanar doctrinas del todo opuestas, raya con frecuencia en un tejido de sutilezas y sofismas, que manifiestan falta de originalidad y poco juicio. Todos estos sistemas filosóficos, sometidos al tribunal de la mas severa critica, lejos de dar á la ciencia una base firme, la han convertido en un charlatanismo insustancial que causa tedio, y no han hecho mas que elevar á potencia la locura humana con todos sus delirios. En las obras filosóficas y los tratados teológicos de Alberto el Grande, se notan por el contrario, los tres elementos de la mas sana filosofía: Dios y los dogmas revelados constituyen el principio de una autoridad infalible; las ciencias naturales, que cooperan á demostrar la importancia y verdad de las especulativas, hermanan la filosofía objetiva con la subjetiva, y el hombre aplica, así esta como aquella, al progreso y perfeccionamiento del espíritu y de la sociedad en que vive, poniendo en juego todas las fuerzas de su inteligencia.

Pero el siglo en que floreció Alberto el Grande no era el de la sana critica; las ciencias y las letras estaban envueltas en una jerga, atestada de neologismos, producto de la barbarie de los tiempos; la sencillez y la exactitud en la exposicion de las teorías se ignoraba, y todas las obras de nuestro Alberto adolecen de estos defectos muy graves, porque no es dable al hombre, por muy sábio que sea, dar á la expresion de sus pensamientos, formas y giros enteramente nuevos, y no propios del lenguaje científico y literario de su época. Las ideas originales son creacion del espíritu, parto de la inteligencia; pero las formas exteriores del lenguaje pertenecen á toda una generacion. El hombre, pues, dotado de genio, crea y emite ideas y pensamientos originales; pero no puede bajo ningun concepto, ni está á su alcance, reformar el lenguaje científico y literario de su época, adoptando otro muy distinto, mas lógico y mas claro y sencillo. Esta especie de elaboracion filosófica, es la obra de una larga serie de generaciones, y no la de un reducido número de individuos, y aun menos la de un solo sábio, porque el progreso de las luces únicamente, que comunica al espíritu mucha fuerza y aptitud, puede dar un aspecto nuevo al lenguaje, brillo, sencillez y claridad.

En cuanto á Alberto el Grande, es de advertir tambien que muchas de sus obras no son mas que una rica y vasta coleccion de apuntes, fugazmente redactados en forma escolástica y de difícil interpretacion.

Lo que llevamos expuesto creemos que es lo bastante para que los lectores comprendan desde luego, que el pensamiento fundamental, que domina en todos los escritos filosóficos y teológicos de Alberto el Grande; que ese gran pensamiento de hermanar á Dios y los dogmas revelados con las ciencias naturales y especulativas; que ese gran pensamiento, que es una consecuencia y la deduccion mas lógica de los principios sentados por nuestro insigne sábio, se descubre de vez en cuando con trabajo al través de locucio-

ta religiosa pertenecia, el filósofo contestó: «Soy protestante.—Muy bien; pero ¿es vd. luterano, calvinista, ó anglicano?—Soy protestante, porque protesto contra todas las religiones, contra todo lo que se dice y se hace acerca del particular.» Esta anécdota histórica es la prueba mas terminante del escepticismo de Bayle.

(1) *Historia de las ciencias naturales en la edad media, ó Alberto el Grande y su época, por Pouchet, Paris, 1853.*

(2) Habiendo preguntado el abate Polignac á Bayle á que sec-

SEGUNDA SERIE.—1863.

nes oscuras, de frases impropias ó violentas, de neologismos y palabras bárbaras. Es cierto, sin embargo, que Alberto el Grande se nos presenta siempre como filósofo profundo é inmensamente erudito, no solo cuando trata cuestiones muy áridas y espinosas, sino tambien cuando da rienda suelta á los arranques de su elevado entendimiento, como nos lo demuestra en la vasta coleccion de sus obras el tomo primero en que se ocupa únicamente de la lógica.

XVII.

Aunque en este tomo el autor no hace mas que comentar detenida y estensamente la lógica de Aristóteles, pone en tela de juicio una multitud de cuestiones, que llevan el timbre de la originalidad, y en las que figuran todos los filósofos y escritores mas célebres de la docta Grecia, del Lacio y de las escuelas árabes. Tratando de la lógica, de su definicion, del objeto que se propone, y de las partes en que se divide, refiere las opiniones de Platon, de los peripatéticos, de los estoicos, de Pitágoras, de Ciceron, de Temistio, de Apuleyo, de Averroes, de Avicena, de Alfarrabio, de Al-Gazel y de otros muchos, cuyas obras se han perdido, ó yacen sepultadas en el fondo de las antiguas bibliotecas, y cuyos nombres son hoy patrimonio exclusivo de los eruditos de profesion.

En este tratado, como en todos los demás de Alberto el Grande, asombran lo vasto de sus conocimientos, la sutileza de su ingenio, y el arte con que enlaza en un comentario, ó mas bien en un libro de lógica, doctrinas y teorías muy profundas sobre gramática, filología, poética y otros ramos de la humana sabiduría.

En el tomo tercero entra de lleno en los estudios ontológicos y puntos mas áridos y elevados de la metafísica; somete á un examen analítico muy severo las mas nobles prerogativas de la inteligencia; en la parte psicológica se ocupa con especialidad de las facultades del alma y de sus funciones; cree que cada facultad tiene su célula particular en el cerebro (1); y en todas sus investigaciones metafísicas y sus doctrinas, se atiene á Aristóteles, á los mas doctos árabes, y principalmente á Avicena y Al-Gazel.

Hoy es muy reducido el número de los espíritus tolerantes y laboriosos, que se dedican á recorrer las páginas interminables de nuestro sábio prelado, es cierto, sin embargo, que en medio de un gran fárrago de cosas inútiles, de sutilezas escolásticas, y de un latin semi-bárbaro contienen ideas muy originales, opiniones atrevidas, que dan lugar á otras mucho mas sólidas, una erudicion enciclopédica, un conocimiento vasto y profundo de todas las escuelas y sectas filosóficas, desde los tiempos mas remotos hasta el siglo XIII, y un exámen y largos comentarios muy doctos sobre algunas obras de Aristóteles á la sazón casi ignoradas.

En el tomo cuarto, repartido en diez y ocho libros, se ocupa de la ética ó filosofía práctica, y de la política, asesorando y reuniendo todos los preceptos que acerca del particular se encuentran esparcidos en los escritores antiguos, y

(1) Esta opinion de Alberto el Grande, reproducida por algunos filósofos modernos y por Descartes, es uno de los delirios psicológicos mas peregrinos. Si todas nuestras facultades intelectuales son dotes del espíritu, ¿no es una verdadera extravagancia suponerlas repartidas en células cada una con su asiento particular? Todo lo que emana del espíritu, puede modificarse en sus aplicaciones, pero no dividirse en células.

que se fundan en el testimonio infalible de la propia conciencia, en la ley natural y en las instituciones gubernativas de los pueblos, que figuran con mas celebridad en la historia.

Tanto en los primeros diez libros, consagrados á la filosofía práctica que comprende mas ó menos directamente las reglas de la moral, como en los segundos ocho, en que trata de la política, nuestro Alberto no solo se distingue en gran manera por su erudicion enciclopédica, por el aplomo con que discute y desenvuelve las cuestiones mas difíciles de resolver, sino tambien por la elevacion de sus ideas, y por el aspecto enteramente cristiano, que da á sus dos tratados. En fin, del conjunto de toda su obra se deduce que este varon insigne y digno maestro de Santo Tomás de Aquino, encuentra el fondo de la mas perfecta moral en los Evangelios y en las palabras de nuestro Redentor divino, y el de la política mas perfecta y del arte de gobernar en las reglas de la misma moral, aplicada al bienestar de los pueblos. Bossuet en su *Política entresacada de los libros sagrados*, y Quedo en la *Política de Dios*, emitieron ideas y reflexiones muy análogas á otras muchas por el mismo estilo, que se hallan consignadas en la obra de nuestro ilustre sábio. Pero lo que nos han dejado escrito estos dos autores sobre la moral y la política, no puede causarnos maravilla, porque en su tiempo se conocia ya prácticamente la diferencia que media entre la fuerza del derecho y la violencia, ó derecho de la fuerza, al paso que en el siglo de Alberto el Grande triunfaba únicamente el último. Es cierto, pues, que la obra del obispo de Ratisbona merece un puesto preferente entre las muchas que se han escrito sobre el mismo argumento en tiempos posteriores, y en épocas en que la moral y la política estaban sometidas á reglas y preceptos muy conocidos, aunque casi siempre violados.

La primera y segunda parte de la *Suma teológica* de Alberto el Grande, sus comentarios á Daniel, á los profetas menores, á San Mateo, á San Marcos, á San Lucas, á San Juan, á la Apocalipsis, su Compendio de la verdad teológica, sus Comentarios al libro de las Sentencias, sus sermones, su Tratado del sacrificio de la Misa, su Tratado de la Eucaristia, y otros escritos del mismo género ponen de manifiesto su mucha erudicion y su profundo conocimiento en todos los ramos de las ciencias sagradas, su vasta lectura de todas las obras de los santos padres, y el mucho fervor de un espíritu verdaderamente religioso, pero no ofrecen gran novedad, y fatigan la mente por la forma escolástica en que están redactados. Nosotros, pues, contentándonos con haberlos indicado, vamos ahora á poner término á nuestros estudios acerca de Alberto el Grande y su siglo, dando una idea rápida de sus trabajos sobre ciencias naturales.

XVIII.

Cuando nuestro espíritu, llevado en alas de su curiosidad, se traslada con raudo vuelo á los siglos pasados para apreciar la marcha progresiva de las ciencias y las letras, descubre desde luego un gran fondo de injusticia é ingratitud en sus contemporáneos, que han sepultado en el silencio y el olvido los hombres y las obras de los que han enriquecido con pingüe herencia el noble patrimonio de la humana sabiduría, como nos lo da á conocer la *Historia de los animales*, salida de la docta pluma de Alberto el Grande. Bien sea que se la quiera considerar, ateniéndonos á lo que dice

Jourdain (1), como una compilación de la de Aristóteles sobre el mismo argumento, y de otros escritores antiguos; bien sea que se la considere como un depósito de los conocimientos zoológicos del siglo en que Alberto floreció, ó la obra de un hombre dedicado al estudio de la naturaleza, que procura penetrar con arrojo y noble osadía sus mas ocultos misterios, nos veremos obligados á convenir en que el obispo de Ratisbona ha legado á los venideros un monumento científico de inmensa gloria; un monumento que ha perpetuado su fama, y le ha hecho colocar al lado no solo del Estagirita, que fué su modelo, sino tambien al de muchos naturalistas modernos.

Nuestro sabio dominico dice con candor y su natural ingenuidad, que diez y nueve de los veinte y seis libros, que forman el cuerpo de su historia, están entresacados de Aristóteles, y que los otros siete esclusivamente le pertenecen. Esta confesion muy terminante, nos coloca en buen terreno, y nos pone en el caso de juzgarle mas libre y resueltamente. Todo lo que es propiedad de Aristóteles, nuestro autor lo acompaña de largos y eruditos comentarios, y de muchas aclaraciones, producto de sus trabajos, ó de los que le han suministrado en parte las versiones árabe-latinas del Estagirita: y en esta circunstancia no queremos pasar por alto que Alberto se sirvió para su «Historia de los animales» de la traducción latina, hecha por Miguel Scott sobre otras versiones árabes, por no haberse podido proporcionar un manuscrito griego (2). Sea como fuere, lo cierto es que nuestro insigne naturalista, en la obra de que nos vamos ocupando, y con especialidad en los siete libros que ha añadido al tratado de Aristóteles, se nos manifiesta observador profundo, y superior á su modelo por la exposicion clara y sencilla de sus doctrinas, y por la regularidad de su método. En el curso de toda la obra, dice Blainville, se notan algunas sutilezas, pero los ejemplos y las definiciones de Alberto las disipan (3). Hè aquí como se espresa el docto y erudito Pouchet acerca de esta misma obra, prodigando pomposos y merecidos elogios á su autor: *El tratado de los animales*, concebido sobre un plan á la sazón enteramente nuevo, contiene el germen verdadero de una multitud de leyes científicas: nuestra época no ha hecho mas que desenvolverlas y demostrarlas: este tratado es un cuadro completo y exacto de la zoología en el siglo XII (4).

En los veinte y uno primeros libros, Alberto se ocupa únicamente de la anatomía y fisiología comparadas del hombre y de los animales, considerándolos bajo el punto de vista general ó particular. Desde un principio el autor simplifica ingeniosamente su argumento, tomando por punto de partida nuestra raza, y por término de comparación todo lo que se refiere al reino animal. Este método muy lógico nos da á conocer, que nuestro sábio ha tenido mas inspiración que Aristóteles, y que se le debe la gloria de haber trazado

uno de los caminos mas filosóficos entre los que pueden elegirse para el estudio del mundo, organizado y puesto en relación con todos los seres vivientes que lo habitan.

Alberto el Grande, ese Aristóteles de la edad media, no fija sus miradas á la ventura en el hombre, sin haber sometido primero á un exámen muy escrupuloso toda la grandeza de sus facultades intelectuales y de su perfección orgánica. Si algunos animales manifiestan aparentemente un desarrollo extraordinario en su corta inteligencia, Alberto esplica este fenómeno, demostrando que es una consecuencia y una deducción natural de las reglas mas invariables de la fisiología, y ateniéndose á su método experimental, demuestra que el hombre únicamente posee la facultad de educar sus sentidos y adelantar en su marcha progresiva é indefinida. Es admirable tambien el método que observa en la descripción anatómica de todas las diferentes partes del cuerpo humano y de sus funciones, y en la del cráneo en particular, basándola en las vértebras, que le sirven de raíz. Podemos afirmar, pues, sin exageración, dice Pouchet, que Alberto el Grande entrevió, aunque confusamente, la organización vertebral del cráneo, problema que despues de haber dormitado por espacio de quinientos años, apareció como una revelación, cuando Goëte y Oken, contemplando con asombro algunas cabezas de animales arrojadas al suelo, y desarticuladas, conocieron evidentemente que era una realidad lo que hasta entonces se habia sospechado (1).

Si separándonos de los hechos particulares, queremos someter ahora á un análisis detenido toda la parte anatómica en general de la *Historia de los animales*, que nos ha dejado el sábio de Colonia, podemos afirmar sin recelo, que ha superado y vencido al Estagirita su modelo. La osteología ó tratado de los huesos, la miología ó tratado de los músculos, el sistema nervioso y el aparato vascular, ofrecen al lector un cuadro completo y estenso de observaciones mas sólidas y juiciosas, que las del Estagirita sobre las mismas materias. Es cierto además que Alberto se distingue por la sencillez y claridad de su método, y la coordinación de una inmensidad de materiales, y que el aplomo con que trata las cuestiones mas áridas y difíciles dan á su trabajo un aspecto de originalidad, propio de los grandes genios.

Alberto, despues de haber hablado de la fisiología, considerada bajo su punto de vista mas general, la reparte en capítulos distintos, y en cada uno de ellos trata de las funciones del cuerpo humano. Algunos párrafos no ofrecen mucho interés relativamente á la ciencia ni encierran teorías; pero su número es muy reducido, y su lectura no deja de tener importancia y amenidad, considerada como una relación histórica (2).

Todas las demás obras de Alberto el Grande sobre varios ramos de las ciencias naturales, y principalmente sobre la mineralogía, revelan á cada paso un gran espíritu de observación y conocimientos muy vastos; sus clasificaciones se separan poco de las adoptadas por los modernos, y conservan siempre un orden lógico admirable; podemos afirmar lo propio respecto de sus libros sobre la botánica, y la virtud

(1) ALBERTO EL GRANDE. *Beati Magni Ratisbonensis episcopi ordinis praedicatorum de animalibus*, lib. XXVI recogniti, por R. A. P. F. Jammy. Operum tomus sextus. Lugduni, 1651.—Opus de animalibus. Romae, 1478. Esta edición es la mas antigua.

(2) V. Bukle. *De fontibus unde Albertus Magnus libros suos XXVI de animalibus materiam auferit comment.* Soc. Reg. Gottingensis, tom. XVII pág. 94.

(3) Blainville, *Historia de las ciencias y de la organización*. Paris, 1845, tom. II. pág. 82.

(4) Pouchet, ob. cit., pág. 268.

(1) Pouchet, obra cit., pág. 271.

(2) Los que deseen tener noticias mas estensas, eruditas y altamente científicas sobre el Tratado de los animales de Alberto el Grande, y con especialidad sobre sus conocimientos fisiológicos y anatómicos, podrán consultar la *Historia de la medicina* de Sprengel, y la obra de Pouchet que acabamos de citar.

de las plantas medicinales. En fin, Alberto el Grande, hombre dotado de genio superior, descubre en todos sus escritos un gran fondo de originalidad, y hermana siempre la ciencia con la revelacion y los dogmas religiosos. Así es, pues, que nosotros, lejos de atenernos á la opinion estrana de algunos de sus contemporáneos, que le calificaron de mago, no vacilamos en poner término á la larga série de artículos, que hemos publicado acerca de Alberto y su siglo, con decir que el papa Gregorio XV, le beatificó con sobrada razon, dando á conocer al orbe entero, que nuestro Alberto habia sido el filósofo cristiano, y el naturalista mas eminente del siglo XIII.

SALVADOR COSTANZO.

ASPINWALL.—EL CAZADOR SEÑOR VALRAN.

I.

Los americanos son como los ingleses el pueblo mas voraz y codicioso que jamás ha existido; corren, luchan, cazan, combaten y se enriquecen desde un polo á otro; tienen un alma de hulla, un puño de hierro, un espíritu de fuego, y se lanzan á todo vapor en sus wagones y sus steamers, con gran peligro de saltar y hacerse mil pedazos.

¿Quién podria oponerse á la obra de asimilacion de esos intrépidos americanos que se estienden en el Nuevo Mundo destruyendo los obstáculos, como las olas en la subida de la marea destruyen las débiles barreras levantadas por las manos de los niños? ¿Quién podria detener esa marcha casi fatal de esos atrevidos civilizadores que no temen ni los reverses de la fortuna, ni los padecimientos, ni la misma muerte?

Han sacado de su sangre británica esa gran virtud de las naciones fuertes, la perseverancia, de la que han hecho un arma terrible para pasar los mares, horadar las montañas, ahondar la tierra en sus profundidades, transformar los desiertos en fértiles comarcas: para esto basta reunion de hombres y capitales: ¡Go on! ¡La muerte y la quiebra les siguen, es verdad, muy de cerca, y montan á su grupa y con ellos galopan!

¡Qué importa! ¡Go on! ¡siempre Go on! En América, como en la famosa balada alemana, los muertos caminan ligeros, empero hacen poco ruido; cae un hombre y ciento le reemplazan. En cuanto á las quiebras, este es el bautismo casi obligado del hombre lanzado en persecucion de la fortuna, y nadie piensa en hallar en ellos una infamia, ni una deshonra.

Gracias á esta insaciable actividad, el Nuevo Mundo, en su infancia ayer, se puebla y civiliza rápidamente. La América Central no escapa del dominio intelectual de los anglo-americanos, que, armados de revolvers y de azadones, separan el enemigo desde luego á viva fuerza, y plantan en seguida victoriosamente, y siempre sin el menor remordimiento, su bandera comercial. Ellos fueron los primeros que comprendieron el porvenir del gran istmo de Panamá, y antes que la compañía colombiana tuviese tiempo de organizarse, habian echado ya los cimientos de la ciudad de Aspin-

wall, y por este solo hecho abierto una poderosa vía de progreso á toda la region oriental del mundo de Colon.

En América una aldea tarda muchas veces menos tiempo en convertirse en una ciudad, que en Europa una casa en poblarse de habitantes. Hace doce años la isla de Manzzaniella, es decir, el sitio que hoy ocupa Aspinwall, se hallaba cubierto de impenetrables bosques barridos todos los dias por las olas del mar, que interrumpian en sus solaces á los caimanes, los manitus, los monos y cien especies de charla-dores papagayos.

El mas intrépido viajero no hubiera osado abrirse paso por medio de aquella madriguera de reptiles hormigueando al sol y abrigándose en los espesos pámpanos de las viñas silvestres y de las magnolias. Los buques que recorrían aquellos parajes tenian buen cuidado de no hacer parada en estas orillas inhospitalarias, donde las calenturas pútridas no eran el menor azote que podia caer sobre los viajeros. Sin embargo, costeando aquellas insalubres riberas no podían menos los navegantes de admirar la magnificencia de aquel paraíso de bestias feroces y el aspecto á la vez grandioso y aterrador de aquellos lugares vírgenes habitados por un número prodigioso de animales de toda especie, desde los mosquitos zumbando en el aire hasta los tigres y jaguares. Estos eternos cazadores, en aquella mansion cerrada al hombre, sin temor á concurrentes, no tenían mas que salir de sus madrigueras para hallar una presa fácil. Había allí una multitud de macaus de rizadas plumas, mezclando su burlona voz y los chillidos de los monos que se colgaban graciosamente de las ramas de los árboles ó perseguían á las cotorras y papagayos. También había iguanos ágiles, trepando por las ramas, y boas que se enroscaban perezosamente alrededor de los troncos, y caimanes formados en fila sobre la arena abriendo sus inmensas bocas al sol, y precipitándose en el agua, como entre nosotros las ranas en un estanque. Los viajeros que iban en las embarcaciones, bastante temerarios para adelantarse cerca de Manzzaniella, se contentaban la mayor parte con arrojar al viento gritos de admiracion á la vista de aquella lozana y vigorosa naturaleza; pero se apresuraban á rogar al capitán que pasase de largo y dejase cuanto antes aquellos sitios malditos donde la muerte se hallaba oculta bajo cada hoja de los árboles é infiltrada en el soplo de aquellos céfiros. Los yankees, menos artistas, se exaltaban al magnífico espectáculo de aquella vegetacion tropical: pero al mismo tiempo echaban una ambiciosa mirada sobre la majestuosa bahía abierta al lado de Manzzaniella, entre los promontorios de Limon y Chagres, y después, á grandes pasos, recorrían el puente bajo la preocupación: luego se daban una palmada en la frente y exclamaban con Arquímedes que habian encontrado la solucion del problema de la reunion de los dos Océanos.

Un célebre capitalista de Nueva-Yorck, Mr. Aspinwall, fué en 1850 uno de los primeros en apoderarse de la excelente idea de la union del Atlántico y del Pacifico por medio de un camino de hierro desde Manzzaniella á Panamá. Viósele preocupado por espacio de quince dias, y durante su sueño articulaba sin orden los nombres de rails, Chagres, Panamá y Manzzaniella. Después de haber reflexionado, tomó una irrevocable resolucio: proclamó por todas partes que en lo sucesivo se unirían los dos Océanos, pues se hallaban ya reunidos en su voluntad, y envió con presteza ingenieros á Chagres, y puso inmediatamente manos á la obra. El trabajo

era de tal naturaleza que debía desalentar á los mas valientes; no se trataba, como en Suiza, de luchar contra accidentes del terreno, abrir túneles ó construir viaductos por encima de las rocas; era preciso levantar, consolidar un suelo pantanoso y conquistar una vía en medio del pantano infes-

tado por todos los animales dañinos de los trópicos, por los mas peligrosos reptiles hasta las especies felinas mas temibles. Además, del seno de aquellas horribles lagunas se exhalaban pestilencias, miasmas mas maléficos que los del Rhin ó del Niger, que en algunas semanas arrebataron mas



Una jóven mulata de unos quince años estaba peinándose al aire libre.

de las tres cuartas partes de los trabajadores. Un sol de fuego calcinaba sus miembros; manadas de mosquitos, encarnizados, implacables, ansiosos de sangre, penetraban á despecho de las gasas y de los velos, hasta su piel y los devoraban. Cada golpe de azada ó de pico en los matorrales

descubría familias enteras de animales, que se mostraban recalcitrantes á sus perseguidores, y detrás de las altas yerbas aguardaban en acecho los gatos monteses, los tigres ó los caimanes prontos á hacer pedazos á los infortunados yankees.

En esta obra de destruccion del hombre por la naturale-



za enemiga, empleaba la muerte multiplicados medios. Caía un hombre por descuido en una corriente de agua, é inmediatamente millares de pececitos caribes le hacían pedazos sin que tuviese tiempo de dar un grito pidiendo socorro: obligábale la fatiga á descansar un rato sobre la yerba, y algunas horas después ya no se levantaba mas que cadáver.

Esta horrible hecatombe, que cada día contaba víctimas mas y mas numerosas, no arredró á Mr. Aspinwall, que echaba de menos el dinero que aquellas calamidades le obligaba á gastar, empero que iba derecho á su caja y sacaba nuevos talegos llenos de pesos duros; doblaba los salarios, é inmediatamente se veía sitiado por irlandeses deseosos de aprovechar las ventajas escepcionales que les ofrecía.

La prensa americana, favorable siempre á los grandes pensamientos humanitarios cuando tienen por promotor un poderoso capitalista, se hizo intérprete de la compañía, y el *Expres Herald*, periódico muy acreditado, publicó una larga serie de artículos en los que se elogiaba á la empresa. Lefanse en él estas espresiones:

«Sería preciso remontarse á los tiempos de los patriarcas para encontrar un ejemplo de abnegacion, decision y generosidad igual al de una compañía que acaba de formarse para la sublime realizacion de un camino de hierro inter-oceánico: poco satisfecha de ofrecer á los artífices de la civilizacion un salario dos veces mas fuerte que el de las convenciones ordinarias, la compañía abre sus tesoros y los vierte á manos llenas en la bolsa de los trabajadores. Así, de todas las partes y de todos los puntos del globo se ven acudir obreros ansiosos de entrar en la lid y de gozar de el magnífico clima de la America central. En este nuevo paraíso terrenal todas las producciones de la naturaleza se encuentran con abundancia; la caza y las frutas mas delicadas hacen de esta comarca un verdadero Eden donde cada cual quisiera poder establecer sus dioses penates. Al lado de Levante se ha construido una ciudad, á orillas de una bahía espléndida y bajo las brisas vivificadoras de los vientos del Este. Los trabajadores del progreso encontraron allí mansiones espaciosas y sanas, y á setenta y dos kilómetros al O. E., sobre las orillas del Pacifico, á algunos centenares de leguas del Sur de la California, se levanta como una brillante jóven la hermosa ciudad de Panamá, destinada á ser una de las metrópolis del mundo.»

Desvanecidos con la esperanza de la ganancia y por las exageradas pinturas de los periodistas, una multitud de emigrados partieron de los Estados Unidos, de Europa y aun de China. Todos tuvieron el honor de concurrir á la grande obra de la union de los dos mares, metamorfoseando la isla de Manzanilla, fundando una ciudad que llamaron Aspinwall en reconocimiento á la abnegacion del gran capitalista yankee, y establecieron el camino de hierro entre los dos mares, muriendo en horrenda proporcion. ¡Se calcula nada mas que en sesenta mil el número de extranjeros que han sucumbido en la realizacion de esta filantrópica idea! Los males de todas clases han afligido á aquellos trabajadores, y tan cruelmente, que ha quedado el proverbio de que el camino de Panamá ha costado la vida á un hombre por cada traviesa que allí se ha puesto. Hoy, si la muerte se dirige menos á los obreros, no disminuye sus furores implacables, y anualmente arrebató algunos centenares de emigrados.

Imagínese una vía formada de rails mal unidos, sostenidos á prodigiosas alturas por andamios vacilantes y mal se-

guros, y recuérdese que semejante camino de hierro está esplotado por norte-americanos, y se comprenderá el peligro á que están espuestos los viajeros. El día siguiente de una catástrofe, es un día de perfecta quietud para los yankees, porque las estadísticas comprueban que no ha habido ejemplo de dos grandes siniestros sucedidos de repente en la misma vía, y este día se organizan trenes de placer.

Además, á los americanos les importan poco los accidentes; se descarrila un tren, cómo ha de ser; se abandonan los muertos, y los moribundos y los menos heridos se arrojan unos sobre otros en un mal carro, donde se colocan bien ó mal, como pueden; después se acoplan los wagones de cualquier modo sobre los rails, y se continúa la marcha á todo vapor. ¿Revienta una caldera? ¡Los viajeros, siempre con prisa por llegar á uno de los mares, se enganchan ellos mismos á los wagones, y tiran de ellos triunfalmente cantando un himno á la gloria, al progreso y á la libertad.....!

Aspinwall se componia de cuatro ó cinco cabañas en 1855 y hoy el viajero que llega por mar ve estenderse sobre un ancho muelle una magnífica fila de casas blancas coronadas de guirnalda y oriflamos de muchos colores. El embarcadero se levanta orgullosamente en las orillas del Océano, y la vía férrea, que pasa por medio de la ciudad, desaparece mas lejos entre los cocoteros y los plátanos. La civilizacion ha entrado allí definitivamente y canta á todas horas su victoria con el silbido de las locomotoras y las trompetas de los americanos.

La poblacion de Aspinwall cuenta mas antepasados en Africa que en Europa. Los negros y los mestizos han encontrado allí la felicidad, ó mas bien el olvido de sus males en el *brandi* (aguardiente) que se vende á precio muy bajo, y un alimento suficiente en las nueces de coco que la naturaleza suministra gratuitamente. Véseles en la playa revolcarse al sol, como espigas de trigo, y no despertarse sino para llevar de tiempo en tiempo al camino de hierro los equipajes de los viajeros, que aprovechan el *central American Railway* para ir á California ó á las islas del Océano Pacifico.

II.

A fines de noviembre del año de 1860 entraba un buque francés en el puerto y un tropel de mozos de carga se precipitó sobre el puente del navío para apoderarse de las mercaderías y del equipaje de los viajeros. En medio de los pasajeros, emigrados la mayor parte, se notaba un jóven de unos veinte y ocho años, de apariencia débil, ojos azules revelando una escasa franqueza, cabellos rubios graciosamente rizados, formando bucles, pero sin pretensiones, alrededor de una ancha frente donde parecia marcado el sello de una de esas profundas tristezas que datan de larga fecha y que no deben borrarse jamás.

El gracioso negro José echó mano al ligero bagaje del viajero, y salió el primero triunfalmente del buque. Llegado al muelle tras de sus objetos, el jóven, á quien llamaremos Jorge, pareció sentir un doloroso pensamiento y articuló estas palabras con fingida firmeza:

—¿Conoces la casa del señor Valran?

—¡Oh! señor Valran; yo enseñale la casa, pero no podé. El señor Valran tené buena villa, buena villa en Aspinwall, pero el señor Valran no habitála jamá.

—Pues bien, replicó el jóven que habia seguido con ansie-

dad la respuesta de José, llévame á la casa del señor Valran.

Obedeció José, y algunos minutos despues entraba el jóven francés en una calle casi habitada esclusivamente por hombres de color. A cada lado estaban acurrucados ó medio tendidos sobre la acera negros y mulatos. Al revolver de la calle, el viento llevó á los oídos del viajero la voz de una mujer que se acompañaba con un instrumento de cuerdas. Bien pronto descubrió á la cantora casi enteramente tendida en el suelo y procurando encantar con sus africanas melodías á una jóven mulata de unos quince años que al aire libre estaba peinándose.

—Señó, las hijas de Valran son estas, dijo entonces José colocando en el suelo su carga y tendiendo la mano para recibir su salario.

A aquella informacion, se dejó ver una cosa indefinible en la fisonomía del extranjero, y combatiendo su penosa emocion, se dirigió hácia la jóven y la suplicó con aparente frialdad que le diese noticias sobre el dueño de la habitacion.

—Mi padre, dijo con indiferencia la jóven, no viene sino muy pocas veces á Aspinwall; caza en los bosques á cuarenta millas de aquí.

—¿Tendría vd. la bondad, señorita, replicó el viajero, de darme las señas?

—Mi padre, respondió la mulata con la misma indiferencia, se ha construido, creo, un *rancho* en el bosque de Panamá....

E hizo seña á una negra de que continuase disponiendo las trenzas de sus cabellos.

El jóven francés dió políticamente las gracias y mandó á José que volviese á tomar su equipaje y le buscara un peon. El negro, que se creía al cabo de su tarea, no se mostró muy satisfecho de la nueva que le imponían, y murmurando entre dientes se echó al hombro el baul y la maleta.

Llegados á una plaza, José hizo entrar al viajero en una especie de cabaña amueblada con corta-cabezas, de carcaxes, de hachas, de pistolas, y de todo un arsenal de muerte. Un hombre alto, seco, de color pronunciado y ruda fisonomía, pero sin embargo cordial, se presentó al recién llegado, le sacudió familiarmente la mano, y se informó de sus intenciones. El jóven francés le manifestó sus proyectos, y sin hablar mas el peon se calzó unas grandes abarcas, cogió su cinturón largo, sus pistolas y su carabina, se echó á la espalda un zurrón con provisiones, y dijo á su compañero que estaba á sus órdenes.

Despues de tres dias de viaje por medio de altísimas yerbas, matorrales y bosques vírgenes, llegó el guía á la base de un cerrillo sostenido por una piedra extraordinaria tallada por mano de la naturaleza. Sacó de su cinturón un cuerno y le hizo resonar tres veces en el bosque. A aquel eco de llamada respondió en lontananza otra voz.

En aquel momento hubieran visto gruesas lágrimas de felicidad correr por las mejillas de Jorge, que, ahogando los sollozos que brotaban de su corazón, quiso continuar su marcha sin descanso hácia el retiro del cazador.

De tiempo en tiempo, y adelantando siempre, el peon lanzaba al viento el sonido de su cuerno, al que otra voz semejante respondía invariablemente y servía, por decirlo así, de guía. Llegaron por fin los viajeros á una especie de plazuela, espacio privado de árboles que habia sido incendiado con el objeto de alejar las bestias feroces, y dirigieron rápidamente sus pasos hácia un rancho, que el peon designó como la mo-

rada del señor Valran. Creció entonces de pronto la emocion del jóven francés, que sintió palpar su corazón con fuerza pensando en la entrevista que iba á tener. Presentóse el primero en la cabaña, que abarcó con una mirada turbada y curiosas, percibiendo al único habitante, que parecia á primera vista mas un salvaje que un hombre civilizado.

Figúrense nuestros lectores uno de esos viejos piratas tan bien descritos por Cooper. Su rostro tostado se hallaba embutido en una larga cabellera y una espesa barba gris. Alrededor de sus anchos hombros se enroscaba una piel de tigre sostenida por un alambre; sus piernas desaparecian en unas grandes botas de piel de boa, y su negro cinturón sostenia dos revolvers y un ancho cuchillo de acero.

—Seas quien fueres, hospitalidad tendrás, gritó el viejo cazador.

—¿Quién soy? replicó el jóven; vengo de Francia para deciroslo.

Y no pudiendo por mas tiempo dominarse, se arrojó en los brazos del anciano llamándole su padre.....

Algunas horas despues de este interesante enuentro, habiendo llegado la noche, el señor Valran y su hijo hablaban alrededor de una grande hoguera que habia encendido el peon para alejar á los animales salvajes.

—Hijo mio, dijo Valran, mi conducta tiene necesidad de comentarios; todas las apariencias me condenan; yo os abandoné á tu madre y á tí hace diez y ocho años; pero he aquí cuales fueron las circunstancias que me arrastraron, por decirlo así, fatalmente á este acto de desesperacion.

En 1840, tuve la desgracia de inventar un procedimiento que abreviando el trabajo, lo confieso, ponía en gran peligro la industria rutinaria de la mayor parte de los tejedores. Se hizo el elogio de mi descubrimiento en el mundo científico, pero se le maldijo en el mundo industrial, y fui de ello la víctima. Arruinado bajo todos aspectos, me acordé que habia estudiado algunos años de medicina, y encontré precisamente en esta época un cierto coronel italiano, Mr. Dozzica, que reclutaba colonos para un establecimiento en la Nueva Granada, no lejos de terrenos auríferos. Las proposiciones me deslumbraron.

—Doctor, me dijo con su pronunciaci6n franco-italiana, la América es la tierra del libre vuelo del génio, y yo os llevo á esa soberbia ciudad de Utopia.

—Muy bien, pero ¿dónde está fundada esa ciudad?

—La ciudad se eleva en una posici6n admirable. Una corriente de agua límpida por una parte, una colina cubierta de la mas risueña vegetaci6n por otra. Mas os voy á mostrar el plano de mi ciudad.

Mr. Dozzica desplegó delante de mí un gran mapa, me describió su ciudad, me hizo admirar lo ancho de sus calles, su feliz distribuci6n, haciéndome reparar el gran número de habitaciones, y me dijo colocando el dedo sobre un pequeño cuadrado rojo, cerca de una figura en forma de cruz:

—Querido, esta es vuestra casa; sereis mi vecino, y no tendreis mas que salir de ella para dar gracias á Dios.

Despues de esta conferencia pensé en nuestra miseria y en la fortuna que me aguardaba probablemente en la magnífica ciudad de Mr. Dozzica, y me marché.

Apenas desembarcado en el Nuevo Mundo, hice algunas pruebas de mi talento médico sobre una veintena de mis compañeros que fueron atacados por la fiebre amarilla, y todos murieron.

Habia entre el puerto de desembarco y la ciudad de nuestro jefe, un espacio de cerca de sesenta leguas; por mi parte esperaba ser trasladado á ella en carruaje, y de ello hablé muy seriamente á Mr. Dozzica, que me disuadió de este deseo, alegando que yendo á pié tendríamos en nuestro camino la diversion de una cacería admirable. El hecho fué exacto, porque tres de los nuestros fueron devorados por los caimanes.

Tomamos á nuestro servicio á una veintena de negros que llevaron los mas pesados fardos, y penetramos atrevidamente en estrechos senderos, que el coronel dijo ser un atajo infinitamente mas corto que el camino real que conducía á Utopia. Marchamos durante un mes, llegamos el dia treinta á un montecillo cubierto de verde colocado entre un arroyo fangoso y un cerro pelado.

—Queridos, nos dijo entonces Mr. Dozzica clavando en tierra su largo palo, este es el sitio de nuestra ciudad.

Entonces hubo un grito universal de furor; muchos colonos quisieron hacer pedazos al jefe de la expedicion que nos habia chasqueado tan cruelmente; pero los mas sensatos tuvieron la prudencia de hacer comprender que la venganza no podia mejorar nuestra situacion, y nos obligaron á aceptar con resignacion nuestra mala fortuna.

Volvimos á hallarnos casi por completo en la vida primitiva; es decir, que teníamos que cazar para proveer á nuestra subsistencia. No te conduciré en pos de mí en las correrías que hice por medio de las pampas y de los bosques: algunos meses despues, gravemente herido por un tigre, fui recogido por una negra, que habia recobrado la libertad; y me cuidó con una abnegacion tal como yo creía únicamente



Primitivo territorio de Aspinwall.

capaz á tu madre. ¿Y qué te dire? Hacia mucho tiempo que me veía privado de afectos y concluí por amar á aquella pobre mujer de color y casarme con ella: ha muerto, empero su hija, que debo llamar tambien mi hija, vive y permanece en Aspinwall.

Quedó un rato en silencio el anciano huron dejando salir de su pecho un profundo suspiro, y continuó así su historia.

A la mañana siguiente, el señor Valran y su hijo continuaron su conversacion pasando en revista los diez y ocho años, y se alarmaron del porvenir.

—Padre mío, dijo el joven ¿me seria permitido anunciar á vd. el mas ardiente de mis deseos?

—Te comprendo, contestó el señor Valran, tú quieres ar-

rancarme de mis queridos bosques; pues bien, nos marcharemos, pero antes quemaré contigo pólvora en honor de mis fieras.

Algunos dias despues, Valran y su hijo, provistos de largas carabinas, se introducían audazmente en medio de las zarzas y de las magnolias. Un negro, armado de una lanza, les precedía y hacia lo mejor posible el oficio de perro de caza ojeador dando golpes en los matorrales. De repente, el pobre hijo del Africa gritó con un indefinible espanto.

—¡Serpiente cuaima! ¡cuaima!

—¡Alerta! exclamó Valran amartillando un revolver y poniéndose en guardia.

La serpiente cuaima, el mas temible de todos los reptiles venenosos de la América, no tardó en presentarse,